

## Lo que no se sabe

■ Paradójicamente, mientras más aumenta el flujo de información de que dispone el hombre, a través de libros, revistas, diarios, y todos los nuevos medios de registro que se han inventado, mayor es, también, su desinformación.

No es que ahora tenga menos conocimientos que antes, sino que ahora tiene conciencia de todo lo que no sabe. El hombre que quiere estar informado en nuestro tiempo se asemeja a ese turista que va a París por pocos días y, deseoso de conocer todos los espectáculos que le ofrece la Ciudad Luz, termina eligiendo lo que va a renunciar a ver, antes de lo que quiere conocer.

Para el especialista, ante el cúmulo de información diseminada, se han creado los centros de documentación, que permiten determinar dónde está la información que él requiere y cómo conseguirla. Pero para el hombre común, aquel que pretende mantener un nivel de cultura general, no hay centro de documentación posible.

El problema no sería tan serio si se tratara tan sólo de satisfacer la curiosidad intelectual. Pero existen algunos conocimientos que el hombre no sólo necesita, sino debe tener para sentir que cumple con su responsabilidad.

dad como miembro de una comunidad, para tomar decisiones que lo comprometen éticamente. Así, el problema de la información se traslada del campo intelectual al campo moral.

Se suele decir que "lo que no se sabe es lo mismo que si no existiera"; y esa acomodaticia filosofía sirve para todo. La esposa prefiere no conocer los deslices de su marido —o viceversa— para así no tener que enfrentar la decisión de aclarar y cimentar sus relaciones matrimoniales. Los padres prefieren, a veces, no saber de las actividades de sus hijos y así escapár de la responsabilidad de su educación; y más de un comerciante prefiere desconocer la procedencia de la mercadería o del dinero que él negocia, para evitarse problemas de conciencia.

En estos, como en otros casos, la ignorancia es una excusa para no afrontar responsabilidades propias de los roles que hemos asumido en la vida o nos han hecho asumir.

Aleccionador, en este aspecto, es el caso de Albert Speer. Se trata del último Ministro de Abastecimientos que tuvo Hitler. Terminada la guerra, cuando los jefes nazis debieron afrontar su responsabilidad histórica en el juicio de Nuremberg, Speer estuvo entre los acusados. Fue uno de los pocos que no fue condenado a muerte, sino a veinte años de prisión. Lo que lo salvó fue que demostró su ignorancia respecto al genocidio del pueblo judío que hizo el nazismo.

Speer dedicó sus años de cárcel a la reflexión y a escribir un libro que, en la nueva era, le dio fama y fortuna: "Dentro del Tercer Reich", publicado al momento en que su autor recuperó la libertad.

Cuando los periodistas preguntaron a Speer, que nada tenía que temer ya, pues había purgado su culpa, si efectivamente él no supo de los ominosos campos de concentración, contestó que efectivamente él estaba tan ocupado en su Ministerio que nunca puso mayor atención a los rumores que había escuchado al respecto. Pero, agregó Speer: "Esto, sin embargo, no me libra de responsabilidad de la matanza de judíos, porque uno no sólo es responsable de lo que sabe, sino también de lo que elige no saber".

Estas palabras del ex Ministro de Hitler incitan a la reflexión, pues es toda una lección de moral. No saber lo que nos atañe como personas que vivimos en una comunidad, llámese ésta país, sociedad, club o familia, lejos de eximirnos de responsabilidad, la agrava, pues implica una cobardía ética. Somos nosotros mismos los que elegimos lo que deseamos saber y lo que deseamos ignorar y cuando, por comodidad o por no querer afrontar responsabilidades, preferimos no saber la verdad, debemos responder de esta elección, al menos, frente a nuestras propias conciencias.

Lo que no se sabe, existe.

PARTIQUINO

